

El libro de un destino

A mediados de los sesenta, en el exilio de México, Gabriel García Márquez no era más que un periodista caribeño, agobiado por las deudas, que intentaba sacar adelante a su familia escribiendo guiones de cine y artículos para revistas populares como *La familia* o *Sucesos*. Su faceta de escritor era casi desconocida. De hecho, su primera novela, *La hojarasca* (1955), había tardado cinco años en ser publicada, después de que la todopoderosa editorial Losada la rechazara y de que el crítico Guillermo Latorre emitiera sobre ella un juicio lapidario.

—El libro no tiene nada, aunque a su autor se le notan ciertas virtudes de poeta—, dicen que dijo.

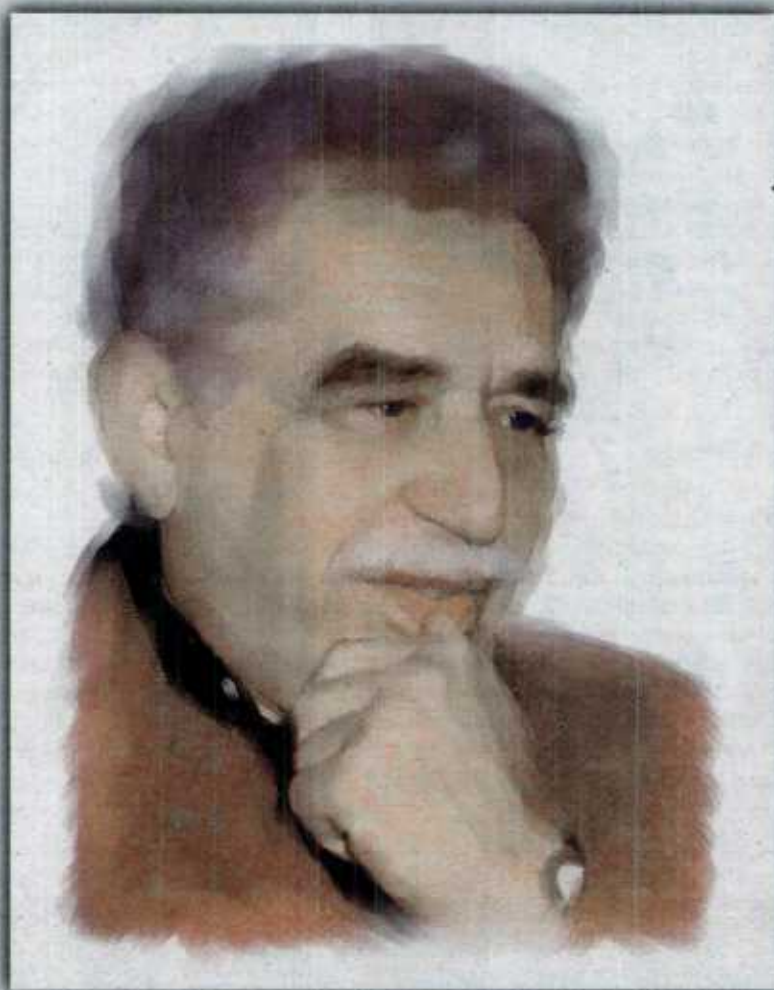
Con sus siguientes obras, algunas de ellas joyas de la altura de *El coronel no tiene quien le escriba*, publicada en 1961, tampoco consiguió García Márquez darse a conocer al gran público. Lejos de descorazonarse por estos traspies, el escritor de Aracataca reaccionó con esa entereza soberbia de los narradores de raza, demostrando que su ambición literaria estaba ya entonces muy por encima de las opiniones y expectativas ajenas sobre su obra: al acabar el verano de 1965, se encerró en su casa de la calle de La Loma, junto a los estudios Los Angeles Inn, ordenó a su mujer que nadie le molestase y se dispuso a escribir una historia que lo contase todo.

Fueron dieciséis meses de escritura febril; año y medio suplantando a Dios, como bien explicó Mario Vargas Llosa en su ensayo *Historia de un deicidio*, para crear un mundo —Macondo— y una estirpe —los Buendía—, que ya forman parte de la historia de la literatura. El esfuerzo creativo fue brutal. El poeta y novelista colombiano Alvaro Mutis asegura que nunca olvidará la imagen trágica y heroica de su amigo Gabo durante aquellos días de tormenta interior.

—Iba a visitarle algunas noches y me lo encontraba desencajado, como un boxeador en el décimo asalto—, recuerda. —La verdad es que me dejaba conmovido. Su entrega fue inmensa, total, absoluta—.

Leyendo *Cien años de soledad* y sabiendo que fue escrita en apenas año y medio, a nadie puede extrañar el estado de convulsión en el que vivió García Márquez. Día tras día, mientras imaginaba personajes y situaciones, el novelista caribeño se enfrentaba a una de sus obsesiones literarias: la verosimilitud, ser capaz de hacer creíbles todos los desmanes de su fantasía. El propio Gabo ha relatado, más de una vez, las horas de desesperación que pasó hasta que descubrió una fórmula

'Cien años de soledad', la novela que encumbró a García Márquez, cumple treinta años al tiempo que el autor celebra su setenta aniversario



ALVARO SANCHEZ

verosímil de subir al cielo a Mercedes la Bella. No encontraba la forma de hacerlo y salió al jardín de su casa a despejarse con el socaire. Justo en ese momento se desató un ventarrón y, en una casa contigua a la suya, una mujer quedó envuelta por las sábanas que estaba tendiendo. Ya lo tenía.

Para comprobar que su prosa tenía la facultad de convertir la magia en realidad, el escritor colombiano contaba con la ayuda de sus amigos, especialmente con la de Alvaro Mutis. El genial creador de Maqroll el Gaviro leía los folios que le pasaba Gabo y, un día sí y otro también, se encargaba de expedir los certificados de verosimilitud.

—Recuerdo que una noche me dijo que había escrito una página en la que un cura levitaba tomando chocolate. 'Ya la cagamos', pensé. Pero después de leerla, te la creías. Su esfuerzo de imaginación literaria y su capa-

cidad expresiva eran portentosos—.

8.000 ejemplares

A primeros de 1967, Gabriel García Márquez dio por terminada la novela. Fue una decisión drástica y dolorosa —si de él dependiese todavía la estaría retocando—, pero necesaria. El esfuerzo ya empezaba a ser sobrehumano, las deudas eran demasiado apremiantes para un señor casado y con dos hijos y, además, ya tenía título. Lo que son las cosas: después de dieciséis meses de desvelos, tuvo que esperar a escribir la última frase del libro —...porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tienen una segunda oportunidad sobre la tierra—, para encontrarlo. Hasta entonces, con una mezcla de ternura y resentimiento, le llamaba el mamotreto.

Los problemas que *Cien años de soledad* originó a su autor antes de

hacerle universal no se acabaron con el hallazgo *in extremis* del título. Hasta el propio envío del manuscrito a Buenos Aires, donde la Editorial Iberoamericana tenía previsto publicarlo, fue de lo más azaroso. Ocurrió que García Márquez fue a la Oficina de Correos, plantó el mamómetro en el mostrador y, una vez pesado, le comunicaron que el porte costaba cuarenta pesos. El escritor sólo tenía 28 en el bolsillo, así que decidió enviar la mitad del libro. La otra mitad la mandó unas horas después, tras pasar por casa y llevarse lo último que le quedaba por empeñar: el calentador, un secador de pelo y una batidora eléctrica.

Por uno de esos misterios insondables de la burocracia postal, la segunda parte de la novela llegó a manos del editor Paco Porrúa antes que la primera, lo que mantuvo a Gabo un par de días en vilo y obligó a Alvaro Mutis a tomar un avión para Buenos Aires con su copia del manuscrito. Al final, sin embargo, los folios llegaron y Porrúa no tardó en extraer sus conclusiones. Era una obra maestra. Tan convencido estuvo del éxito de la novela que se atrevió a lanzar 8.000 ejemplares, una cifra que deslumbró al propio García Márquez, que hasta entonces no había vendido más de 700 ejemplares de ninguno de sus libros.

Hoy, cuando el escritor colombiano cumple setenta años, se cumplen también treinta de la publicación de la novela que marcó su destino, *«la transnacional»*, como la llama él. Carlos Fuentes definió un día a *Cien años de soledad* como *«la Biblia de Latinoamérica»* y puede que tenga razón. Ningún libro escrito en castellano a lo largo de este siglo ha tenido el impacto de esa fábula descomunal que es la historia de Macondo y los Buendía. Su éxito fue inmediato. Lejos de arrepentirse por haber lanzado 8.000 ejemplares, Paco Porrúa no tardó ni un mes en comenzar una serie infinita de reediciones y traducciones a todas las lenguas. El boca a boca funcionó como nunca antes había funcionado en Argentina con una novela y, de la noche a la mañana, Gabriel García Márquez se convirtió en un escritor consagrado que era recibido en los restaurantes de Buenos Aires entre salvas de aplausos. Alvaro Mutis ya intuía algo así cuando se bajó del avión en el aeropuerto de la capital argentina llevando consigo la segunda copia del manuscrito.

—Desde el instante en que lo leí, supe el destino de ese libro. Supe que era el libro de un Premio Nobel—.

JON AGIRIANO

